

la hepatitis infecciosa

EL otoño es la época en la que el número de casos de hepatitis infecciosa alcanza su máximo anual; la hepatitis infecciosa o virulenta es una enfermedad antigua, en otro tiempo llamada "peste amarilla" porque uno de los síntomas más notables es la ictericia, pero los conocimientos actuales son más claros que lo fueron hace unos años. Entre tanto se ha suprimido ya la designación que ha quedado para algunos libros truculentos, ya que la mayor parte de los enfermos, especialmente los niños, ya no padecen de ictericia. Por otra parte, se ha comprobado que la causa de la enfermedad es un virus, aun cuando, hasta ahora, no se haya conseguido cultivarlo en las probetas. Por último, se ha podido comprobar otro hecho importantísimo: la hepatitis virulenta está mucho más extendida de lo que pueda imaginarse.

Que la hepatitis es una enfermedad contagiosa lo demuestra el hecho de que pueden estallar verdaderas epidemias o focos menos notables aun siendo siempre de carácter endémico. Para citar algún ejemplo podemos recordar los 30.000 casos de 1943-44 entre las tropas aliadas del Mediterráneo, los 29.000 casos de 1955 a 1956 en Nueva Delhi (contaminación de las aguas de la ciudad) o también, retrocediendo en el tiempo, el llamado "ittero castrero", es decir, de los campamentos (la "jaunisse des champs" de las guerras napoleónicas), que hace algunos años se describía en los textos de medicina militar y que, con las indicaciones actuales, puede identificarse con la hepatitis virulenta.

En el proceso de la enfermedad se distinguen tres fases: la primera, un estado prodrómico con fiebre, trastornos gastrointestinales, abatimiento e inapetencia, con una duración de una semana; un estado icterico, durante el cual se atenúa la fiebre y aparece la ictericia; finalmente, después de unos quince días, comienza la convalecencia; pero persiste el cansancio durante algunas semanas más, frecuentemente acompañado de dolor de cabeza, náuseas y dispepsia. Este es el proceso clásico; pero, como se ha dicho, la ictericia puede faltar.

Como los enfermos eliminan el virus por el intestino, y este virus puede penetrar en el aparato digestivo de otras personas por medio de las manos contaminadas, de alimentos o de bebidas, la profilaxia es sustancialmente la de las infecciones intestinales en general; es decir, higiene personal, vigilancia del agua potable, hervido o pasteurización de la leche y poner cuidado en el consumo de verduras crudas y de las ostras. Los familiares del enfermo pueden protegerse del contagio con inyecciones de gamma-globulina, que proporcionan una rápida inmunidad.

Aun cuando la hepatitis tenga habitualmente una evolución benigna y tienda a su espontánea curación, es preciso proteger el hígado y ayudarle a reparar las lesiones producidas por el virus. A falta de un remedio específico, que no existe, ya que no hay ningún antibiótico que ataque directamente el virus, no queda (aparte de la terapia con cortisona, solamente indicada, sin embargo, en los casos más graves) más que el reposo y la dieta. El reposo en cama es, por tanto, un medio importante y ha de prolongarse hasta que el hígado ya no esté inflamado y duela y hayan desaparecido el abatimiento y la inapetencia. La alimentación ha de ser pobre en grasas; caldos de carne magra o de legumbres, sopa de pasta, carne o pescados magros, patatas, requesón, quesos magros y frutas.

La última advertencia se refiere a la esterilización de las jeringuillas. El virus de la hepatitis se encuentra también en la sangre del enfermo y, por lo tanto, puede contaminar la jeringuilla empleada para poner inyecciones endovenosas o simplemente intramusculares; basta que una mínima e invisible traza de sangre quede en la jeringuilla para transmitir la infección a otra persona. Podrá suponerse que la jeringuilla se desinfecta previamente entre una inyección y otra; es cierto, pero es preciso tener cuidado por el hecho de que el virus es extraordinariamente resistente al calor y, por tanto, la jeringuilla y la aguja han de sumergirse en agua hirviendo durante veinte minutos y, además, después del uso es preciso lavarlas cuidadosamente con agua corriente para evitar que queden adheridas trazas de sangre.

PROF. DI AICHELBURG

un vaso de agua más



Cuando otras centrifugas ya no pueden hacer más, CROLLS extrae de su ropa todavía un vaso de agua, lo que significa un secado más perfecto y más rápido.

La alta velocidad de las SECADORAS CENTRIFUGAS CROLLS (2.800 revoluciones por minuto) y su total estabilidad la han hecho triunfar en el mayor número de hogares.

Compruebe sus ventajas y su hogar será uno más a preferir la calidad CROLLS.

SECADORAS CENTRIFUGAS



CROLLS

EN TODO EL MUNDO SIGNO DE CALIDAD

®